

Transformaciones del espacio rural en el surgimiento de las *ciudades-red*. Primera parte

Adolfo Benito Narváz Tijerina*

EXISTE una oposición fundamental entre el camino que se tiende en el campo abierto y el que se enhebra sobre sí en la ciudad. Muntañola (1974) ha señalado cómo el «*espacio itinerante*» que han construido alrededor de sí los pueblos nómadas encuentra su opuesto en el «*espacio radiante*» de los pueblos sedentarios. Refiriéndose a la hipótesis de Heidegger, el arquitecto catalán elabora una descripción de la base existencial de esta distinción, a través de las ideas de Hegel, en las que se implica, como una sola cosa indisoluble, al lugar y al tiempo. Admite que la construcción del *espacio radiante* se relaciona con la posibilidad descubierta por el hombre de «des-alejar» el mundo y organizarlo mediante un «dirigir» que condiciona este acto constructivo y lo organiza en torno a la existencia.

La especulación de Muntañola hace suponer que el hecho de «dejar a la mano» a la realidad construida para dar soporte a la vida de la persona, establece los límites y las posibilidades del lugar, que como quien mira en torno, inmóvil, como en una

* Profesor Investigador Titular B de la Facultad de Arquitectura / UANL. Arquitecto, Maestro en Diseño Arquitectónico, Doctor en Arquitectura (UNAM, 1997) Miembro de la Academia Mexicana de Ciencias, miembro del Sistema Nacional de Investigadores nivel 2, Académico número 34 de la Academia Nacional de Arquitectura.

llanura desértica y sin marcas, se convierte en el centro, en torno del cual radia toda la existencia. El *espacio radiante*, así construido, establecería la primera noción de frontera, demarcaría la primera diferencia, adentro y afuera se hacen entonces por primera vez opuestos. Leroi-Gourham lleva más lejos esta suposición y establece la oposición entre este espacio que radia y el que se recorre:

«En la concepción del lugar humano existen dos tipos de estructuras: 'el espacio itinerante' y el 'espacio radiante' (el lugar radiante y el lugar itinerante). Uno dinámico, que consiste en recorrer el espacio tomando conciencia de lo que se recorre, el otro estático, que permite, inmóvil, el reconstruir los círculos sucesivos que se amortiguan hasta los límites de lo desconocido. En el primero la imagen del mundo es un itinerario, en el segundo la imagen se integra en dos superficies opuestas, la del cielo y la de la tierra que se unen en el horizonte. Estos dos modos de aprehender el lugar... coexisten y han dado lugar a una *doble representación simultánea del mundo*, pero, al parecer, en función inversa antes y después de la sedentarización. El espacio o lugar itinerante parece fisiológicamente más relacionado con las propiedades musculares y el lugar radiante con la visión»¹

El camino se opone a la ciudad; establece su apertura como el primer indicio de su diferencia. Estar en un camino implica la doble posibilidad de la vía, en medio de la nada existencial de quien se mueve, es la única certeza de civilización y de destino, a veces, que uno puede hallar en un paisaje, acaso sean los caminos y las veredas sobre un paisaje abierto las marcas más reconocibles de una inteligencia con un propósito habitando un espacio². En cambio, las calles, correlato apenas en lo físico

¹ Citado en Muntañola, 1974:34.

² No es de extrañar que en 1877 Schiaparelli hubiera declarado como verosímil la afirmación de la existencia de vida fuera de la tierra al descubrir unas marcas rectas parecidas a canales (*canalli*) sobre la superficie de Marte.

del camino en el mundo rural, parecen enredarse sobre sí, su dimensión, al interior de este laberinto que es la ciudad, crece hasta lo inconmensurable, miles de kilómetros desarrollados en circunvoluciones al interior de una masa compacta. La ciudad, así, puede entenderse como un mundo-en-sí-mismo, cada vez más autónomo. Recorrer la ciudad puede demorar años de infinitos descubrimientos. Como un ser vivo, cambia cada vez que uno le mira y a la vuelta de unos años para el visitante ocasional o para el expatriado que vuelve al hogar se hace irreconocible.

El camino que une los poblados en el mundo rural es en cambio unidireccional, heterónimo del paisaje, descubierto, desprotegido. En el camino rural se puede presenciar la maravilla, terrible, sobrecogedora y a veces aterradora de una tormenta que se acerca, arrancando la tierra y los matorrales como una mano gigantesca, sobrehumana. Se puede tener la certeza de que uno puede morir si no se divisa una cueva o un poblado en la lejanía (como en las llanuras desérticas del Noreste de México, que nos ocupará más adelante en el texto). La violencia que se experimenta rondando estas soledades es un drama sobrehumano, de proporciones cósmicas. No es cotidiano, no está enraizado en el estrés y la prisa, ni en la miseria de unas pasiones que hace estallar el encierro. El camino rural encuentra en la calle su oposición más fuerte.

Pero esta oposición se atenúa en la forma de habitar del habitante rural, ya que lejos del nómada que hace de la ruta el espacio vivo de su supervivencia, el campesino reconoce como centro su propia comunidad y su comarca, y es a partir de ese centro vital que establece distinciones. Así, para él los caminos son vías a lo ignoto, por lo tanto oposiciones de ese lugar radiante que es el centro de sus afanes: *la querencia*. Sin embargo, el camino rural no es, desde esta perspectiva, un lugar de existencia pasiva, es parte importante de la vida y del acontecimiento de las personas y de las colectividades. Desde un

punto de vista estrictamente personal, las redes de caminos de las comarcas agrícolas, son el escenario de acontecimientos muy importantes en la vida de los campesinos. Al igual que en los lugares radiantes, que son el centro de la vida de las comunidades rurales, existen diversos niveles de apropiación sobre estos territorios que sólo en apariencia son del uso general de la gente. En las redes de caminos de la zona agrícola de la frontera noreste de México, el camino rural es impenetrable, peligroso y salvaje. El tráfico de narcóticos ha hecho sospechosa a cualquier persona que se percibe como ajena al lugar, por lo que vale pensar a esta red como un entramado de protección, de mimetismo, como un laberinto que en su centro oculta un gran secreto o un monstruo.

Desde este punto de vista se puede confirmar la tesis de Gatti (1987) que ha establecido a la Región (como correlato territorial de la regencia) como el espacio vital total del habitante rural³. La comarca es el espacio vital del campesino, y este es un asunto fundamental para la comprensión de la perspectiva cognitiva con respecto al lugar de los habitantes del campo, que establecen una notable dependencia del centro de su lugar de vida con respecto a la comarca, dependencia que hace que exista una conexión paisajística evidente entre el poblado y sus alrededores naturales. En el sentido que lo señala Boils (1982) serían notables ejemplos de esto algunos poblados de indígenas del sureste de México (algunos hoy ya desaparecidos) en los que cada casa de un poblado dista a veces kilómetros de las de sus vecinos, y en los que el único rasgo a veces reconocible de la presencia de un poblado sea la iglesia.

En el noreste de México, con una tradición más mestiza y española, la tendencia a agrupar los poblados campesinos es mayor y, sin embargo, esta evidente mayor densidad en los

³ Y por lo tanto en el que se puede ver manifiestas las marcas físicas y mnémicas de su apropiación.

poblados rurales de esta región del país no cambia esto que apuntábamos líneas atrás en el sentido de la profunda conexión del poblado y el paisaje; que en buena medida está mediatizado por el tránsito, que hace posible el camino y que como veremos, establece pautas diferenciadas a la cognición ambiental del habitante campesino con respecto a la del habitante urbano.

La escala del mundo rural frente a lo urbano no solamente está relacionada con un asunto de dimensiones, sino con un sentido laxo del tiempo y una disminución en la velocidad de los acontecimientos y de los desplazamientos. El efecto que esta diferencia tiene en la cognición del campesino es notable por varias razones: la más evidente es la de una extrañeza con respecto al mundo urbano que suele manifestarse como negación y terror frente a la ciudad. Aún hoy es posible ver a campesinos atemorizados hasta la parálisis ante la necesidad de cruzar una avenida densamente transitada. Una campesina de la región rural que estudiamos, aledaña a Monterrey en México nos ha informado que para ella es imposible cruzar las avenidas por los pasos peatonales elevados, pues el mareo de cruzar estos puentes dificulta hasta la parálisis el tránsito por los aires y entre los carros veloces que pasan debajo como un río crecido. Tiene que auxiliarse de alguna amiga o pariente (es decir, que por fuerza necesita compañía en sus viajes a la ciudad) y cruzar con los ojos cerrados el puente.

Otras razones, las que atañen al tiempo y a la velocidad del desplazamiento, tienen efectos interesantes en la configuración del paisaje, ya que un cambio en la calidad del camino rural, que abra la posibilidad de aumentar la velocidad en el desplazamiento, el tendido de redes de comunicación y de transporte público o un aumento en su frecuencia, acelera la transformación del hábitat rural y hace plausible la llegada de elementos físicos nuevos a los asentamientos. Presumiblemente, el cambio que introduce en el mundo rural la posibilidad de una

nueva velocidad tendría efectos en la cognición ambiental de los campesinos; nuevos códigos visuales configurarían nuevas posibilidades de lenguaje para la casa y el paisaje, la nueva velocidad transformaría el sentido de tiempo, y por lo tanto el espacio que se hace relativamente más pequeño, subsidiario de otros mayores, conectado, dependiente.

Esta es una de las ideas centrales de este trabajo: que es el camino y sus características las que establecen los límites y las posibilidades de la transformación del hábitat rural y su integración con espacios habitados mayores hasta generar una estructura en red sobre el territorio que poco a poco lo va ocupando en forma extensa, estableciendo la semilla de unidades urbanas de escala regional o incluso mayores.

El camino rural y sus resonancias simbólicas.

En otro trabajo y en otro contexto de investigación (Narváez, 2000) ha surgido la idea de que el medio ambiente puede imaginarse como un sistema de información. En el medio urbano, la forma física de la arquitectura y la ciudad podría interpretarse como la traducción de imaginarios hondamente enraizados en la psique de quienes habitan esos espacios. La imagen de la ciudad podría traducir con una especial eficiencia los mitos que arman el sistema de creencias de la población. Más allá de ello, podríamos afirmar que la imagen —que se reproduce en el mito estructurador del pensamiento— es el sitio en el que el mito a su vez puede reproducirse.

Esta circularidad esencial que se establece entre la psique de cada habitante y la realidad edificada por él mismo, revela un aspecto interesante de *las razones profundas que subyacen al acto de construirse para sí mismo un ambiente*, y que en última instancia demuestran lo profundamente imbricados que están el orden moral que controla y regula las relaciones entre las personas y la estructura física de su hábitat.

El camino que se ha de recorrer de ida y vuelta hasta que se acaba la vida —difícilmente el camino se acaba antes que la vida de quien lo recorre— posee en sí mismo atributos simbólicos y religiosos que establecen su legalidad y su permanencia como elemento que estructura y regula la forma física del hábitat y las relaciones entre las personas y sus cosas. Un camino en este sentido es una dirección adecuada, *recta*. Salirse del camino en el habla de los habitantes rurales de México, equivaldría a una ruptura moral con el orden establecido, así como encontrarse en la encrucijada es la oportunidad de decidir por un destino incierto.

La importancia de ello se hace patente en las costumbres que se adoptan para marcar estos sitios especiales de los caminos en el medio rural. Alguien que se sale del buen camino, en un accidente mortal por ejemplo, no hallará la senda a menos que se le muestre, que se de un norte a su atormentada alma —que en una vida paralela, *la de espíritu*, sigue atada a los rasgos edificados sobre el paisaje— para que recupere el camino.

En medio del dolor por una pérdida así acontecida, suele plantarse una cruz (a veces lo que se hace, casi como un exceso es un cenotafio en memoria de los fallecidos⁴) que señala el sitio de la tragedia y que dirigirá la ruta al alma para que complete su camino. Es habitual que en el medio rural, cuando no se ha llevado a cabo este ritual, se informe sobre aparecidos en la carretera o en el camino, que se identifican con estas personas que no pueden *regresar al camino recto*, que se han extraviado. Otras formas habituales de referirse a esta necesidad de completar la

⁴ Estas estructuras en el oeste argentino se les llama «animitas», por los caminos rurales de las comarcas precordilleranas suele verse gente que baja de sus carros a llevar flores y pedir favores al pariente muerto, no es en el panteón donde se hace esto, sino, en la fecha que conmemora la muerte del ser querido, en el sitio en el que esta ha acontecido, aún y que sus restos físicos no reposen en el lugar.

ruta que se ha emprendido, son las que tienen que ver con las peregrinaciones a los santuarios para «pagar una manda». Es común que se elaboren historias en torno al viaje que emprenden con este fin juntos vivos y muertos, sobre el extraño proceder de lo divino que en estos casos, establece como regla (que ni la muerte rompe) el pagar con la oración y la penitencia en el santuario, el favor concedido por la divinidad. Ello hace que ni aún muerto se pueda apartar el ser humano *del camino recto*. Existe la pulsión por alinear todo el acontecer del viaje al camino. Es como en la novela de Rulfo (1955), en la que Juan Preciado es acompañado por ánimas, que confunde siempre con los vivos en el viaje abrasador a Comala.

Hay aquí un asunto interesante y que puede servir para explicarnos estructuralmente la función del camino en la formación de la imagen de su hábitat del habitante rural. El camino existe como un hecho que junta dos realidades del ser, la que vive y la que existe después del mundo tras la muerte. No obstante, la realidad que existe después de la muerte pertenece aún a este mundo. El camino no se desdobra o deja de existir para el espíritu, vivos y muertos moran la misma tierra y, como en un realismo mágico, aún interaccionan. El sentido del camino, con hondas connotaciones religiosas⁵, se amplía hasta ocupar el *sentido total de la vida* o incluso habitualmente ser una metáfora de la existencia personal. Esta manera de existir del espacio, al mismo tiempo el lugar en el que convergen los dos lados de la realidad del ser, en la dirección moral que asuma la vida de quien lo recorre de ida y vuelta, establece una realidad paralela por oposición: si el camino es la vida y la muerte, todo lo que no es el camino es la *no existencia*.

⁵ «Entren por la puerta angosta, porque ancha es la puerta y *espacioso el camino* que conduce a la ruina» (Mateo 7:13, las cursivas son mías).

El camino en el campo, en este sentido aquieta el miedo a lo ignoto, extiende la morada, aparta al ser del caos. Con el tiempo esta distinción va desapareciendo, poco a poco se va parcelando la propiedad rural en pequeñas posesiones, la naturaleza se va domesticando, va perdiendo su antiguo sentido de lugar salvaje, de lucha. Una señal de ello es el cada vez más grave problema de la basura en los caminos rurales.

Pero hay sitios en los caminos que como decíamos se plantan señales que tratan de controlar a las fuerzas de ese caos con el que se mantiene una lucha permanente. En las encrucijadas de los caminos rurales suelen existir cruces como señales, que no marcan el sitio en el que una persona perdió la vida, sino la encrucijada en sí. Pertenecen a las cruces puestas en campo abierto que comúnmente se asocian a la necesidad de controlar fuerzas de la naturaleza, como las que se ponen en la cima de algunos cerros, de los que se cree que proviene el agua (como propiciatorias de la lluvia) o las que se colocan cerca de ojos de agua, con el fin de que no pierdan su fuerza ni se sequen.

Las cruces plantadas en los encuentros de caminos tienen la virtud de aquietar a los espíritus que habitan esos parajes. Es curioso que entre las prácticas mágicas que ejercen algunos habitantes rurales de México, se encuentre la de plantar artefactos mágicos preparados ex profeso para el fin que se persiga en la brujería (el hacer un negocio, destruir a una persona, enamorarla, curar la enfermedad o propiciarla, secar las cosechas o atraer a la prosperidad, etc.) precisamente en los cruces de caminos. Luego es interesante que en la presencia de la Cruz de encrucijada, dicha práctica no pueda llevarse a efecto. Ello hace suponer que en la práctica mágica de enterrar o quemar el artefacto de la brujería en

la encrucijada de caminos se acude al encuentro y la ayuda de entidades sobrenaturales⁶ que habitan en estos sitios.

La cruz calma a las fuerzas que habitan el sitio y que pueden desorientar al caminante en el trance de decidir cuál es el mejor camino a seguir. En Pedro Páramo, Rulfo hace que Juan Preciado espere en un encuentro, pues había extraviado el camino a Comala; hasta que un arriero de burros (que después sabrá que es su medio hermano) pasa y lo lleva casi hasta el pueblo. Es interesante la metáfora de Rulfo, pues *es el camino* el que lleva a Juan Preciado a Comala, la casualidad que se presenta en el encuentro no es tal, es la fuerza que subyace a esa tierra -Pedro páramo: «rencor vivo» (op. cit. p.10)- la que le va llevando, la que va apoderándose de él hasta matarlo; hasta que le mataron los murmullos de tantas almas alrededor del personaje siempre evocado, ausente y a la vez siempre presente.

No es tan arriesgado afirmar que para el habitante rural de México el camino resuena simbólicamente con *la existencia*. El camino abre un lado más en este espacio de lo rural, y genera otra oposición simbólica, no en el sentido que se apuntaba antes en este escrito del espacio radiante frente al itinerante, sino en el de la oposición más profunda del orden frente al caos, de lo edificado frente a lo no domesticado.

⁶ Un asunto que puede brindarnos ayuda para entender la estructura del mundo de los habitantes rurales, es el constatar que existe un mundo dado más o menos fijo, en el que transcurre la existencia, una existencia que se relaciona con este mundo pero que transcurre tras la muerte (en el realismo mágico en el que viven muchos habitantes rurales de México ambos modos de existencia del ser tienen lugar en el mismo sitio) En las inmediaciones de este mundo y a veces en sitios especialmente importantes de éste tiene lugar la existencia de entidades no humanas que tienen una influencia decisiva en la vida de las personas. El sitio se convierte en *la confluencia de mundos* con diferentes legalidades pero que pueden entrar en contacto precisamente en *el mundo, en el aquí y el ahora*.

El camino es un espacio dinámico, que arma y da energía a ese otro lado de la existencia caracterizado por la movilidad y lo masculino. Frente a la pasividad contenida, oscura, entregada y materna de la morada, el camino se abre al enfrentamiento. Es el espacio de una honda transformación. Apuntábamos líneas atrás que con el cambio en las características de los caminos rurales se establecían nuevas condiciones para la transformación de lo rural en su conjunto.

El sistema de caminos como una red de información.

Ello lleva a pensar en el camino como un canal para la transmisión de información en el medio rural, que irá integrando, como un vehículo que finalmente humanizará sus alrededores, hasta saturar el espacio salvaje, domesticándolo. Según García García (2004) con la pavimentación del camino que conduce a Laguna de Sánchez, una comunidad rural en zona montañosa del municipio de Santiago, N.L. (Muy próximo a Monterrey en México) la fisonomía del poblado cambió ostensiblemente. La otrora comunidad serrana que utilizaba profusamente la piedra y la madera para la edificación de moradas de planta rectangular con techos a dos aguas de una pendiente muy pronunciada, se transformó en el espacio de unos pocos años en un poblado con casas edificadas a la manera de las poblaciones a la vera de la Carretera Nacional. Se introdujo el concreto en las cubiertas ahora planas, en los muros y en los pisos. Se empezaron a utilizar elementos prefabricados de concreto, como balaustradas, para dar a las moradas una fisonomía semejante a la de los pueblos de abajo; también se empezaron a usar pinturas de muchos colores para recubrir los aplanados de cemento y arena.

Las razones por las que la gente decidió transformar sus viviendas tuvieron que ver con la percepción de que el lenguaje arquitectónico de los pueblos de abajo (evidentemente más prósperos que las comunidades serranas por su cercanía con la